

## MARIA, MADRE DE LA VIDA COMUNITARIA\*

A la luz de la doctrina conciliar sobre las relaciones de María con la Iglesia, hemos reconocido en ella a la madre de toda la Iglesia, a la madre de las comunidades religiosas<sup>1</sup>; ahora nos queda por ver cómo María contribuye con toda su acción maternal sobre su vida y su desarrollo. Consideremos su influjo sobre algunos aspectos fundamentales de la vida de las comunidades.

### 1. Madre de la fe comunitaria

La comunidad religiosa es una comunidad de fe; ella recibe a personas que creen en Cristo hasta entregarse enteramente a él, abandonando todo para seguirlo. Responder a la llamada, es arriesgar toda la vida en la fe.

María ha sido la primera en correr este riesgo en su acto de fe. En el momento de la Anunciación, ella creyó al Salvador anunciado por el ángel y se comprometió totalmente en el nuevo camino propuesto. El Evangelio de Lucas hace resaltar esta fe, contrariamente a la incredulidad de Zacarías. Mientras éste, como sacerdote judío representante de la antigua alianza, desconfía del anuncio que debía darle alegría, la Virgen de Nazaret, en la sencillez de su alma, testimonia la fe nueva, admitiendo decididamente que nada es imposible para Dios<sup>2</sup>. Esta fe está relacionada con un cierto inicio de la vida con-

---

\* De *Vita consecrata* XXII - 10, pp. 657-669.

1. Ver *Cuadernos Monásticos* 82, pp. 267-280.

2. Sobre el contraste con Zacarías y sobre la novedad de la fe de María, cf. J. Galot, *La fede di María e la nostra*, Assisi, Cittadella 1973, 17-30.

sagrada que se realiza en María. Aquella que enuncia, como respuesta al mensaje, su intención de quedar virgen, no ha podido orientarse en el camino de la virginidad si no es en virtud de una fe que la llevaba a contar únicamente con su Dios para su futuro y para la fecundidad de su vida.

Así María precede a todos aquellos que ofrecerán a Cristo el don virginal de sus personas, y les abre el camino de una fe más radical, animando y sosteniendo a quienes están tentados de dudar frente al riesgo de la fe. Muchas veces en estos últimos tiempos se ha revelado en muchos jóvenes la dificultad de asumir un compromiso definitivo, sea en el matrimonio, sea en la consagración religiosa. Lo que da miedo es el don de sí para toda la vida, o para siempre. Sólo la fe puede vencer este miedo. El ser humano, que hace la experiencia de su propia fragilidad, encuentra en Cristo un apoyo que le asegura una fuerza superior. Para encontrar este apoyo él debe creer, debe huir de la acción paralizante de sus dudas y de sus indecisiones. Debe salir de las pseudo-evidencias de un realismo demasiado estrecho, demasiado cerrado en sí mismo, evitando caer en la insidia en la que se dejó atrapar Zacarías. El camino seguido por María es para él una luz: la Virgen lo ayuda a superar las propias aprensiones y a lanzarse con una confianza sin límites en aquél cuya potencia es infinita. Mientras Zacarías había detenido su mirada sobre su propia incapacidad, María ha mirado más arriba y ha creído en el plan de Dios; busca estimular la misma fe también en aquellos que Cristo llama.

Porque tal fe es esencial a cada vida consagrada, María busca desarrollarla en la comunidad religiosa. Aun si la fe es sobre todo una actitud personal, ella debe encontrar su expresión en la vida comunitaria. Sucede que algunas comunidades no viven suficientemente en un clima de fe; caen en la tendencia natural que consiste en considerar los acontecimientos y los problemas de cada día únicamente a la manera del mundo, dejando en la sombra su aspecto sobrenatural. La vida comunitaria está amenazada entonces por una sutil secularización: las relaciones entre los miembros de la comunidad no manifiestan ya las convicciones de fe que deberían animar a cada uno de ellos. Hay que reconocer que el ambiente general de la vida muy a menudo no favorece estas convicciones, y que los diarios, la radio y la televisión ejercen casi siempre un influjo secularizante tanto sobre la mentalidad de los religiosos, como de las demás personas.

La presencia maternal de María estimula el clima de fe comunitario: un clima de espíritu sobrenatural que anima las relaciones en las diversas circunstancias de la vida cotidiana. El relato evangélico de Caná nos pone bajo los ojos el modelo de una reacción de fe frente a una situación que habría podido ser desastrosa. En esta fiesta de bodas María asume el problema; en lugar de ponerse en movimiento para encontrar el vino, ella busca la solución

en la fe al Salvador, y recibe una respuesta que supera toda esperanza<sup>3</sup>. En esto para ella hubo una experiencia inolvidable que ponía en evidencia el poder de la fe. Esta experiencia continúa iluminando a los cristianos: María los invita a enfrentar todas las dificultades con una fe tanto más firme y más audaz, cuando ha sido puesta a prueba.

La prueba fue tanto más temible para María en el momento doloroso del Calvario: también entonces la fe permitió a la madre quedarse en pie cerca de su hijo crucificado. En la oscuridad que cubría aquel sacrificio, y en todos los "porqué" que podían suscitar la condena y la muerte de un inocente, María conservaba en sí la luz íntima de la fe. Sin la fe, habría podido dejarse invadir por sentimientos que nacen espontáneamente frente a la injusticia y a la persecución, o dejarse oprimir por la inmensidad del dolor de una madre que pierde a su hijo único. La fe le permitía superar todas las reacciones naturales y ponerse en la perspectiva de la cooperación con la obra del Salvador; sin poder clarificar el fondo del misterio, ella le hacía entrever el sentido de un acontecimiento tan desconcertante. María creía en el poder del Crucificado y en las palabras con las cuales él había anunciado la resurrección que debía seguir a la muerte.

Ella que en el drama de la cruz ha personificado la fe de la Iglesia, lleva a las comunidades por el camino de una fe vigorosa y perseverante. Como la Iglesia, las comunidades están asociadas al sacrificio redentor; ellas tienen necesidad de una fe tanto más firme. María ayuda a la comunidad religiosa a conservar la confianza, a permanecer de pie en medio de la prueba, en la unión más íntima con el Señor: ella estimula la fe en el momento en que ésta vacila.

Sosteniendo la fe en la vida de las comunidades, María alienta su fidelidad. Hay una fidelidad comunitaria, asegurada por la fidelidad personal de cada miembro de la comunidad. La historia de la vida religiosa a lo largo de los siglos, como también en su evolución reciente, demuestra que la fidelidad de la comunidad plantea a veces problemas, y que ella puede ser amenazada por fuerzas disolventes. Ciertas comunidades pueden estar tentadas de ceder, de no manifestar más los esfuerzos de renuncia que exige la consagración total al Señor, de renunciar a las exigencias de la oración, de abandonar los compromisos apostólicos que exigen gran dedicación y generosidad. Cuando se empieza así a ceder, se manifiesta una falta de fe en la vida consagrada conforme al deseo de Cristo: no se cree ya suficientemente en la gracia concedida para vivir la consagración y cumplir la misión. La fidelidad debe alimentarse con la fe.

---

3. A propósito de Caná, se puede recordar la breve pero significativa referencia del Vaticano II, que pone en luz la eficacia de la intercesión de María (*Lumen Gentium* 58).

Por la fidelidad que ha caracterizado toda su existencia, María constituye un modelo para las comunidades religiosas, y les ofrece su ayuda maternal en las dificultades. Ella hace comprender la necesidad de la fe en la gracia de la vocación personal y en el carisma de la comunidad, recordando el principio por el cual ella ha vivido: la fidelidad humana se fundamenta sobre la fidelidad divina que nunca puede fallar. Ella protege a las comunidades contra las tentaciones de la vida fácil, contra las ilusiones que hacen sacrificar la oración a la acción, o buscar las formas de actividad que gustan más al amor propio. Ella contribuye a fortalecer la resolución comunitaria de ser fieles al carisma original. En el recuerdo de la prueba tan desconcertante del Calvario, ella muestra cómo los obstáculos que parecen más terribles pueden ser superados con una fe más inmovible en el Salvador. Así, ella ayuda a las comunidades a vivir integralmente su consagración y a cumplir hasta el fondo su misión particular en la Iglesia.

## 2. Madre de la esperanza comunitaria

En María la esperanza judía ha empezado a transformarse en esperanza cristiana. La joven de Nazaret esperaba con su pueblo la venida del Mesías. En el momento de la Anunciación, este Mesías dejó de ser para ella un personaje lejano del porvenir, y se hizo un personaje presente. Llevando en sí al niño, María es consciente de poseer la esperanza de la humanidad. La esperanza judía se fundaba sobre una promesa, de la cual se esperaba el cumplimiento; la esperanza cristiana se funda sobre ese cumplimiento y empieza a poseer la realidad esperada.

Una nueva esperanza ha acompañado la maternidad de María; se ha robustecido en el nacimiento del niño, en la imposición del nombre de Jesús, que significa "Dios Salvador"; fue confirmada por el anuncio de Simeón que reconocía en el niño a *la luz destinada a iluminar a las naciones y la gloria del pueblo* (Lc 2,32). La misma esperanza, en Caná le inspiró pedir el milagro, porque María esperaba obtener la revelación pública del poder del Salvador, y fue escuchada en su deseo<sup>4</sup>.

En la prueba del Calvario, María no abandonó nada de su esperanza. Creyendo las palabras de Jesús —que muchas veces había anunciado la resurrección del Hijo del hombre al tercer día— ella conservó la esperanza de volver a ver vivo a aquél que moría bajo sus ojos. Después, Pentecostés orientó su esperanza hacia el porvenir de la Iglesia<sup>5</sup>.

---

4. Cf. J. Galot, *Marie dans l'Évangile*, Roma 1985, 124-125.

5. Sobre la esperanza de María, cf. L.M. Pinkus, *María come "simbolo" della speranza cristiana dello Spirito. Ipotesi e materiali per la comprensione psicologico-analitica in María e lo Spirito Santo*, Roma, Marianum 1984, 245-287.

Esta formación de la esperanza cristiana en María es el punto de partida de una acción maternal que se ejercita en el sentido de la esperanza no menos que en el de la fe. Para su expansión en el mundo, la Iglesia necesita esperanza; la necesita también para que la vida cristiana de cada día se desarrolle en todas sus potencialidades. Las comunidades religiosas están llamadas a una esperanza más intensa, en virtud de su adhesión más profunda a Cristo. María busca estimular la esperanza en toda la Iglesia y en cada comunidad.

La vida religiosa está animada de una esperanza fundamental, por el hecho de que anticipa, en cuanto lo permite la existencia terrenal, la posesión de los bienes celestiales<sup>6</sup>. Seguir a Cristo es vivir con él, en una intimidad que anuncia aquella de la otra vida; es manifestar la esperanza más auténtica: san Pablo hablaba de la vida futura expresando su deseo de *ser con Cristo* (*Flp* 1,23). Así debe ser el testimonio de las comunidades, que deben contribuir a iluminar para todos el camino de la verdadera esperanza. Muchas esperanzas falsas e ilusorias quieren conquistar el corazón humano. La adhesión más plena a Cristo implica la esperanza más fuerte, una esperanza que empieza a realizarse aquí y que no quedará defraudada.

Es en el camino de esta esperanza donde María ejerce su influjo maternal sobre la vida de las comunidades, alentándolas a conservar el fin de la existencia humana, que se encuentra en la eternidad, y que da un sentido superior a las oscuras condiciones de la vida terrenal. Ella que ya alcanzó el fin, nos hace gustar el deseo, y nos compromete a testimoniar una esperanza que lleve a los hombres hacia este mismo fin.

Dirigida hacia la otra vida, la esperanza, la esperanza cristiana se dirige a todo lo que prepara la otra vida, especialmente el desarrollo de la Iglesia en el mundo. María, que se dedica a este desarrollo, aumenta la esperanza de un continuo crecimiento de la Iglesia a través de las dificultades y persecuciones. Ella favorece una mentalidad fundamentalmente optimista sobre el porvenir de la comunidad cristiana destinada a extenderse siempre más en la humanidad. Muchas veces se expresan opiniones pesimistas sobre la situación de la Iglesia y sobre su irradiación en el mundo, unidas a temores de una decadencia progresiva. En realidad, la Iglesia no ha cesado de crecer desde su origen, y continuará su camino hacia adelante<sup>7</sup>, pese a los obstáculos más terribles.

---

6. Cf. *Lumen Gentium* 44: "El estado religioso... manifiesta mejor a los ojos de todos los creyentes los bienes celestiales ya presentes en este siglo, testimonia mejor la vida nueva y eterna adquirida por la redención de Cristo, preanuncia mejor la futura resurrección y la gloria del reino celestial".

7. Este optimismo se expresa en una consideración de san Pablo, cuando habla del período final, cuando *la totalidad de las naciones habrá entrado en el reino* (*Rm* 11,25). La perspectiva se fundamenta sobre una declaración escatológica de Jesús (*Mt* 24,4). Cf. J. Galot, *Il mistero della speranza*, Assisi, Cittadella, 1971, 125-130.

Ella puede tener fracasos momentáneos en ciertos lugares, pero penetra siempre más extensamente en la humanidad, difundiendo la buena noticia. Optimismo y esperanza se requieren para una entrega más ardiente a su obra de evangelización: María sostiene la esperanza de las comunidades que se consagran a esta obra.

Ella robustece al mismo tiempo su esperanza en el porvenir de la misma vida religiosa. La crisis de vocaciones padecida por un cierto número de comunidades, y la constatación de un inevitable envejecimiento, son tan serios que amenazan hacer perder la esperanza. Un período de crisis, aunque prolongado, es pasajero; exige un esfuerzo de readaptación pero no debe ser juzgado una desgracia irreparable. La vida consagrada, querida por Cristo para el desarrollo de la Iglesia, está indisolublemente ligada a este desarrollo y tiene la seguridad de un porvenir floreciente. Se identifica con el porvenir de la Iglesia y es marcada como él por la ley de la prueba.

María, que ha conocido por experiencia esta ley en el drama de la cruz y que ha conservado su esperanza en el rugir de la tormenta, alienta a las comunidades a mantener su esperanza en los momentos más difíciles; las empuja hacia nuevos esfuerzos en vista a superar la crisis, a proponer a los jóvenes su ideal, a favorecer de mil maneras el florecer de las vocaciones. La esperanza funda una oración sincera con este fin, y lleva a no dejar nada de lo que puede ser hecho para alcanzarlo.

La esperanza conserva la juventud del corazón en las comunidades. Ejercita un influjo importante en la mentalidad de los religiosos y de las religiosas. María, que ha sido siempre espiritualmente joven, busca comunicar su juventud espiritual a aquellos que, como ella, han entregado todo su corazón a Cristo. Ella ayuda a las comunidades religiosas a permanecer jóvenes en el empuje de su esperanza y en la mirada animada de optimismo sobrenatural; y dirige hacia un porvenir mejor a aquellos que estarían tentados de ver sólo las pruebas del presente: a ellos les indica la luz de Pascua que ilumina todos los caminos que pasan por la cruz.

### 3. Madre de la caridad comunitaria

La caridad tiene una importancia considerable para el desarrollo de la vida consagrada en la comunidad. Esta importancia no sólo proviene de una evidencia inmediata para quien hace la experiencia de la vida comunitaria; ella viene de la unión indisoluble que Jesús ha establecido entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y de la invitación insistente al amor recíproco: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 13,34; 15,12). La fuente del amor comunitario es Cristo amante.

Como madre de la Iglesia y de los cristianos, María tiene un influjo en el desarrollo de este amor. Este influjo no compite absolutamente con el de Cristo; más

bien tiende a favorecer la expansión más amplia de un amor que surge siempre del corazón del Salvador. Como madre de Jesús, María estaba a su servicio, y como madre de la comunidad continúa sirviendo a su hijo y entregándose a su reino.

Sobre todo, se debe recordar el deseo que anima espontáneamente a cada madre humana, el de asegurar en cuanto es posible la unión entre sus hijos. Las divisiones que se determinarían entre ellos serían heridas a su corazón maternal, corazón que se dirige a todos y a cada uno de ellos en un único amor. Una madre se esfuerza por pacificar los conflictos que se producen en la familia, y por hacer olvidar los motivos de división. Ella se alegra por todo lo que favorece la recíproca armonía.

Este deseo, tan natural en una madre, se encuentra en María, con un vigor aumentado, en el plano sobrenatural. En la madre de Jesús, todo lo que es parte de la función maternal ha sido elevado a un nivel superior. En la madre de la Iglesia y de la comunidad, todas las cualidades y aspiraciones de su corazón maternal se afirman y ejercitan en el orden de la gracia. María está animada por un inmenso deseo de contribuir al buen entendimiento en las comunidades religiosas.

Ella procura hacer compartir este deseo por las comunidades mismas y por cada uno de sus miembros. Allá donde las dificultades parecen insuperables y podrían llevar a una aceptación pasiva de la división, ella levanta la voluntad de unión y alienta el uso de los medios más eficaces para el reencuentro recíproco. Ella reanima el deseo de unidad cuando tiende a declinar por cansancio y desaliento.

Con el deseo, María posee el arte de favorecer la unión. Es muy sugestivo el relato de san Lucas sobre la comunidad, antes de Pentecostés: *Todos estaban unidos en la oración... con María, la madre de Jesús...* (Hch 1,14). Esta armonía contrastaba con las continuas contiendas que habían puesto a los apóstoles uno en contra del otro. En diversas ocasiones, y hasta el inicio de la última Cena, los doce se habían peleado por saber quién era el más grande y merecía ocupar el primer lugar en el reino. El acuerdo que ahora reinaba y se prolongaba, era algo sorprendente; se explica sobre todo como efecto del sacrificio redentor, ofrecido para reconciliar a la humanidad con Dios y para reconciliar a los hombres entre ellos. La transformación que se manifestaba en la mentalidad de los discípulos, demostraba el poder de la gracia salvífica de Cristo. Aunque se ponga en luz esta acción soberana de la gracia, no se pueden olvidar las condiciones concretas, visibles, que llevan a la unión de los corazones: entre ellas, la presencia de María.

Haciendo notar la presencia de la madre de Jesús en la primera asamblea<sup>8</sup>, Lucas deseaba llamar la atención sobre su eficacia: él, que había pues-

8. Como hace resaltar R. Laurentin, María es la única que se nombra con los Apóstoles (*I Vangeli dell'infanzia di Cristo. La verità del Natale al di là dei miti*, 1985, p. 616).

to a luz el papel decisivo de María en el nacimiento del Salvador, quería hacer revelar discretamente su papel en el nacimiento de la Iglesia<sup>9</sup>.

La presencia de María no podía haber sido simplemente pasiva; no lo fue nunca en los episodios evangélicos donde ella aparece. Aquí, en la primera comunidad, obraba de esa manera para promover todo lo que uniera a los discípulos. Su presencia influía de manera pacificadora: delante de ella nadie hubiera provocado contiendas. Además, cuando veía algún signo de desacuerdo, sabía decir la palabra o hacer el gesto que tranquilizaba el ambiente, desarmando los impulsos de pelea o de agresividad. Podemos sólo adivinar esta acción conciliadora de María; la perseverancia de la unidad del corazón de la primera asamblea se debía mucho a su influjo maternal.

La unidad realizada en el origen de la Iglesia, María busca conservarla y reconstruirla incesantemente en las comunidades. En su misión maternal, ella busca obtener que "todos sean unidos con un solo corazón" en la oración y en todos los aspectos de la vida comunitaria. Ella conoce las tentaciones de contienda: lo que se había manifestado en las rivalidades de los primeros discípulos, amenaza repetirse en cada época. Las revanchas del amor propio están siempre listas para estallar, enfrentando a los miembros de una comunidad uno contra el otro. María busca hacer prevalecer sobre las ambiciones personales el espíritu de amor humilde y la disposición a la condescendencia. Cuanto más recibida es ella y encuentra su lugar en la comunidad, más su presencia irradia serenidad y conciliación.

Su amor maternal mira hacia la restauración de una auténtica fraternidad entre todos los que pertenecen a la comunidad. Hay que evitar el aislamiento, el replegarse sobre sí mismos, que encerraría a cada miembro en su individualidad, llevando a una yuxtaposición más que a una unión de personas. María, que ama a cada uno, sabe que cada uno es digno de ser amado: ella alienta un amor que reconoce a los propios hermanos, los estima más y les da confianza. Ella estimula los contactos y la apertura del corazón hacia los demás; ayuda a cada uno a superar las desilusiones que vienen de los hermanos, y a perseverar en el esfuerzo del buen acuerdo.

Entre las disposiciones que favorecen el acuerdo recíproco, es necesario recalcar la tolerancia, con la aceptación del otro tal cual es, y con el respeto del misterio de cada persona. Los relatos evangélicos nos hacen suponer que María tuvo la ocasión de adoptar este comportamiento en sus relaciones con los parientes de Jesús, los llamados sus "hermanos". Al comienzo de la vida pública, estos buscaron reconducir a la familia a aquél que con su gran sorpresa de ellos había empezado a predicar. No sólo no creían en él, sino decían que

---

9. Para Lucas hay un paralelo entre la historia de Jesús y la de la Iglesia, las dos están marcadas por la venida del Espíritu Santo: cf. J. Galot, *María la donna nell'opera di salvezza*, Roma 1984, 360-361.



había perdido la razón (Mc 3,21). En esta tentativa, estaban acompañados por María, que no compartía sus sentimientos. Para ella era ciertamente doloroso escuchar discursos sobre la salud mental de su hijo, y constatar la incredulidad de los parientes. Ella estaba animada por una fe muy viva en Jesús, que se revela en las bodas de Caná. Lo que se debe hacer notar es que, teniendo disposiciones y convicciones completamente diversas, ella todavía conservaba buenas relaciones con sus parientes, desde el momento que los acompañaba. Tal vez su intención era, en cuanto fuera posible, disuadir a los parientes de su propósito y proteger a Jesús; pero ella no rompe sus relaciones con ellos: respeta sus sentimientos, su falta de fe y su proyecto. Quedando en buenas relaciones con ellos, ella llegará con el tiempo a compartir su propia fe con ellos: En la asamblea que espera Pentecostés, la presencia de los "hermanos" de Jesús es nombrada con la de María (Hch 1,14).

Esta tolerancia y respeto a los demás, María quiere promoverlos en los que actualmente son hermanos de Jesús, y más particularmente en aquellos que están unidos por una fraternidad debida a una consagración común al Señor. La apertura mutua que debe animar las relaciones fraternas debe dejar a cada uno el espacio necesario para el desarrollo de la persona, reconociendo a cada uno el derecho de ser él mismo. Una comunidad no puede actuar sacrificando inútilmente a las personas; su armonía puede establecerse sólo ofreciendo a cada uno la posibilidad de desarrollar sus facultades personales.

El amor maternal de María, profundamente respetuoso de cada persona, busca incluir una mentalidad de mutuo respeto por el cual cada uno renuncia a imponer a los demás su propia manera de ver y de obrar, y acepta a los hermanos como diversos. Esta aceptación sincera de las diferencias de carácter, de temperamento, de gustos y de opiniones, permite un acuerdo mas fundamental. Las diferencias no suprimen la unidad que viene de una común adhesión a Cristo. Hay una semejanza de fe y de esperanza, un mismo ideal de consagración y de caridad, que garantizan la comunión de los hermanos y de las hermanas. Contribuyendo al desarrollo de estos valores esenciales, María colabora a la formación de una comunidad siempre más unida, con personalidades que pueden desplegar en ella todas las virtualidades propias.

#### 4. Madre de la misión comunitaria

Cuando Cristo pronunciaba sobre la cruz las palabras: *Mujer, he aquí a tu hijo*, confiaba a María una nueva misión que tenía como fin ayudar al discípulo amado en su misión de apóstol. En el momento que él mismo consumaba su misión redentora, quería asegurar la misión de la Iglesia. La nueva maternidad confiada a María llevaba este destino primario. El aporte misionero no disminuye en nada la calidad del afecto que María ofrece a cada uno de

sus hijos, sino que le confiere un sentido superior. María ama a cada uno por sí mismo, no lo ama teniendo delante de los ojos el objetivo de la difusión del ideal del Evangelio y de la vida del Salvador. Las relaciones de intimidad personal entran en la gran obra por la cual Jesús se ha sacrificado, y con la cual María ha cooperado como corredentora.

Madre de la Iglesia, María tiene la función de asistirle en todo el desarrollo de su misión. Su presencia en la asamblea de los primeros discípulos después de la ascensión, indica esta cooperación en la misión de la Iglesia desde el origen. Con los discípulos, la que había recibido el Espíritu Santo de manera excepcional por la concepción virginal del hijo, recibió de manera única el Espíritu de Pentecostés, en vistas al ejercicio de su nueva maternidad. Ella fue llenada con todos los dones divinos necesarios para comprometer todo su amor maternal en la cooperación del desarrollo de la Iglesia.

Madre de las comunidades, ella se preocupa especialmente de la misión que recibieron los discípulos para el desarrollo de la vida cristiana en el mundo. Ella es la madre de la misión comunitaria, porque por propia misión, estuvo en el origen de la misión de la Iglesia, y compromete toda la fuerza de su maternidad para sostener y asistir el apostolado de cada comunidad religiosa. Las palabras "toda la fuerza de su maternidad", adquieren aquí una plenitud de significado, por el hecho de que desde el primer instante, desde el momento de la Anunciación, la maternidad de María ha sido orientada hacia la misión para la cual el Hijo de Dios venía a este mundo.

María se dedica, sobre todo, a promover la conciencia de la misión de la Iglesia. También las comunidades que se entregan a la oración y no se dedican a actividades apostólicas, tienen una misión que cumplir. La oración comunitaria está destinada a procurar a la Iglesia un bien espiritual y una actividad más fecunda. Las comunidades contemplativas tienen una responsabilidad en la vida de la Iglesia, no sólo por su contribución invisible a través de la entrega y la oración, sino también por la atracción que ejercen sobre el pueblo cristiano. La comunidad protestante de Taizé, que atrae tantos cristianos y forma un centro de reunión espiritual para muchos jóvenes, muestra el influjo que puede ejercer una comunidad contemplativa<sup>10</sup>.

En las comunidades de vida activa, el ardor apostólico necesita renovarse continuamente, porque disminuye frente a los peligros. Estos obstáculos son de naturaleza muy diversa: están las difíciles condiciones en las cuales se desarrolla la misión, la falta de resultados visibles, o los fracasos de los cuales a veces se hace una dolorosa experiencia; están todas las circunstancias que

---

10. Sabemos cuánto es venerada la Virgen en Taizé. En su obra: *Marie, Mère du Seigneur, Figure de l'Eglise*, Taizé 1962, M. Thurian pone en relación el celibato monástico con la virginidad de María (46-55).

llevan a medir y restringir la generosidad buscando deberes más cómodos.

María interviene para sostener el esfuerzo y garantizar la perseverancia. Ella misma ha experimentado en su vida terrena las dificultades de cada día para cumplir con sus propios deberes. Sobre todo, vivió el difícil período en que Jesús debió enfrentar constantemente la hostilidad de adversarios irreducibles, prosiguiendo incansablemente su misión de predicar. Ella nunca disminuyó su coraje, como muestra su presencia cerca de su hijo crucificado. Estando de pie cerca de la cruz, ella ha manifestado su voluntad perseverante de estar asociada de la manera más íntima a la obra del Salvador y de ofrecerle, más allá de cada obstáculo, el don completo de sí.

Símbolo de la fidelidad incondicionada en la adhesión a Cristo y en la participación en su misión, María busca comunicar esta fidelidad a cada comunidad. Su ejemplo hace comprender que cada asociación a la misión del Salvador implica necesariamente pruebas, y que estas pruebas, lejos de obstaculizar o comprometer la misión, están destinadas a hacerla más fecunda. Porque su alma fue herida por la espada del dolor, ella desea asistir a aquellos cuya alma es herida o traspasada, manifestándoles los frutos de la aceptación generosa de la prueba. En el cumplimiento de su misión, María no ha ahorrado nada de su corazón maternal; ella quiere llevar a las comunidades consagradas por este camino.

Dos aspectos de su actitud frente al sacrificio redentor deben llamar la atención: silencio y firmeza. María quedó silenciosa en el drama que golpeaba a su hijo y hería su corazón de madre. Este silencio no era el de una persona oprimida por la prueba, y colindante con la pasividad de la resignación, porque María queda de pie, testimoniando así que su coraje está intacto y que ella quiere participar activamente en el ofrecimiento del Salvador. Ella sabe ser movilizada en su función maternal y se compromete sin ceder en el sacrificio supremo que le es perdido.

En los sacrificios que marcan la vida de las comunidades para el cumplimiento de su misión, María favorece el silencio y el ofrecimiento cuando hay la tentación de abandonar, lamentarse y protestar contra los sufrimientos y las injusticias. Ella sostiene el coraje, sobre todo cuando estamos duramente sacudidos por acontecimientos dolorosos: ella entonces, llama a la misión, que no puede alcanzar su fecundidad, si no es en la asociación con la cruz de Cristo, y busca llevar a las comunidades por el camino del misterio redentor. Ella, que ha seguido este camino en un perfecto abandono a los designios del Padre, estimula el mismo comportamiento en aquellos y aquellas que con su entrega total a Cristo están más enteramente entregados a su misión salvífica.

## 5. Madre del gozo comunitario

Madre de la comunidad, María tiene la función de desarrollar un clima

de gozo en la vida comunitaria. Esta función le conviene de una manera particular: una madre desea compartir su gozo con sus hijos. Gozando actualmente de la felicidad celestial en la unión más completa con Jesús, María tiende a hacer gozar el gozo de esta unión en aquellos que se adhieren más íntimamente a Cristo y se esfuerzan por vivir por él. Ella misma había ya empezado a tener este gozo en su vida terrenal; por eso desea que sobre la tierra, las comunidades empiecen ya a tener el gozo que alcanzarán en plenitud en la otra vida.

Esta felicidad terrenal ha sido querida por Jesús cuando prometió el ciento por uno a aquellos que abandonan todo para seguirlo<sup>11</sup>. El ciento por uno no significa solamente el gozo; designa la riqueza espiritual, fruto de la adhesión a Cristo, riqueza que supera en calidad todo lo que pueden dar los bienes de la tierra, por eso es llamada ciento por uno. Esta riqueza, dando a la existencia un valor superior, engendra un gozo, también el de calidad más elevada. Se trata de un gozo substancial, debido no a circunstancias favorables, sino al enriquecimiento secreto de la persona.

La importancia del don del gozo se ilumina en el mensaje de las bienaventuranzas. El Maestro formula en éstas exigencias de renuncia, y llama a una generosidad radical: pero las presenta como condición en la vida del gozo. El nunca ha propuesto un camino difícil o penoso por sí mismo; cuando exige el despojamiento o el sacrificio, anuncia el fruto feliz al cual él conduce. No pone la cruz en la sombra, sino que promete siempre algo más allá de la cruz y garantiza un gozo que se inicia ya aquí, y que permanece a través de todas las pruebas. La aceptación de la cruz no significa la renuncia a la felicidad terrenal.

María no podía ignorar esta intención fundamental de Jesús, con la cual se une plenamente su deseo maternal de procurar el gozo a sus hijos. Ella alienta a las comunidades a vivir de la recompensa que les ha sido ofrecida, y a gustar, en la aceptación de las renunciaciones y de los sacrificios de la vida consagrada, el entero gozo prometido en las bienaventuranzas. Su acción maternal se ejerce en el sentido de un Evangelio sinceramente vivido en el gozo comunitario.

Un episodio evangélico manifiesta el deseo de María de difundir alrededor de sí, el gozo comunitario. En las bodas de Caná, la fiesta amenazaba terminar miserablemente por la falta de vino, y es María la que se preocupa de pedir un milagro para salvar el gozo de todos. Ella no ha dudado en movilizar la omnipotencia del Salvador para este fin; en esta circunstancia aparece como la madre del gozo comunitario. En su amor maternal, ella atribuye un valor al gozo humano, también al más humilde.

Su comportamiento hace comprender mejor el ardor con el cual María contribuye al desarrollo del gozo en la Iglesia y en todas las comunidades. El deseo de ver a sus hijos felices inspira constantemente su acción maternal.

---

11. Cf. *Mc* 10,30, con el comentario que hicimos en *Vita consacrata* 20 (1984) 448-450.

El deseo de ver a sus hijos felices, inspira constantemente su acción maternal.

En las comunidades religiosas ella sabe que el gozo lleva a la generosidad. Un clima de gozo contribuye a la apertura, a la disponibilidad de todos los miembros, y favorece relaciones mutuas de comprensión y de ayuda. Mientras la tristeza lleva al replegamiento y tiende a cerrar los corazones en sus preocupaciones, el gozo los dilata y acerca uno al otro. Esto no es un lujo, sino una necesidad para el desarrollo de la vida consagrada.

Así, María considera como una de sus funciones esenciales favorecer el gozo en las comunidades. Ella no puede olvidar la importancia atribuida por Dios al gozo, como manifiesta la primera palabra pronunciada en el mensaje de la Anunciación: *Alégrate* (Lc 1,28)<sup>12</sup>. Ella entró en su vida maternal con gozo: un gozo que había recibido para irradiarlo. Ella se apuró a comunicarlo a Isabel; nunca dejó de difundir este gozo que la poseía, y después del drama pascual, actuó como testigo del gozo de la resurrección. Todo su influjo maternal se ejercita actualmente en el sentido del *Alégrate*.

Cuanto más se dirige a María una comunidad religiosa, haciéndole un lugar en la oración y en la vida, más entra en el gozo. La presencia de la Virgen es la de una sonrisa que no se apaga en ninguna circunstancia y que suscita en cada instante el gozo comunitario. A veces María es invocada bajo el título de "Nuestra Señora del Gozo". Este título expresa una orientación esencial de su misión maternal, que se desarrolla siempre en este sentido.

María ayuda a las comunidades a llevar un auténtico testimonio de gozo al mundo. Este testimonio, no lo olvidemos, es presentado por el Vaticano II como propiedad característica de los religiosos. Para distinguirlos de los laicos, la Constitución *Lumen Gentium* declara que en virtud de su estado "los religiosos testimonian de manera espléndida y singular que el mundo no puede ser transfigurado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (n. 31). Testimoniar el espíritu de las bienaventuranzas es testimoniar las renunciaciones que exige la vida consagrada, pero es sobre todo, testimoniar el gozo unido a estas renunciaciones. Sólo a través de este testimonio de gozo, la vida consagrada puede aparecer en todo su valor.

Sucede que la vida religiosa es presentada bajo un rostro austero y un poco desfigurado. El rostro que le conviene es aquél de un gozo más puro y profundo, fundado sobre la pertenencia a Cristo. Las comunidades tienen la mi-

---

12. El verbo *Chaire* no significa simplemente un saludo, sino "una invitación absoluta al gozo, sin motivación, como en los anuncios escatológicos de los profetas" (*Laurentin, I Vangeli dell'infanzia...*, p. 35).

sión de indicar al mundo el camino auténtico del gozo verdadero. María las guía en esta misión, y para que el testimonio sea válido, ella ayuda a las comunidades a vivir en un gozo irradiante.

*Traducción del italiano  
por Gaspar Moiola, ocsa  
Monasterio Nuestra Señora de los Angeles  
AZUL - Argentina*

Jean GALOT, sj

¿Ha pensado usted en ofrecer como regalo de Navidad  
una suscripción a CUADERNOS MONASTICOS año 1987?